

PEPEPERONA

*A Pedro, que bebió en los mismos manantiales
campesinos el esplendor perdulario*

CON SANGRE

I

En ningún libro he visto
de los de historia anciana

que el hombre campesino
y su mujer que calla
que cuida del abuelo
o siega la cebada

reciban otro nombre
que el borde de CANALLA.

II

LOS OTROS

Ayer tarde fui al mercao
a ver de comprar lentejas
y la tendera pidió
ochentaicinco pesetas.
¡Casi veinte machacantes!
por lo que yo vendo a treinta.

Pregunté por los tomates:
—“a treinta y cinco pesetas”.
¿A cómo van hoy las peras?
“a setenta y dos pesetas”.

¿La carne? “A más de trecientas”.
¿El jamón? “Casi a quinientas”.

¿Cómo es posible que todo
esté tan caro en la tienda,
si a los pobres campesinos
les supone la cosecha
después de 8 ó 9 meses
unos puñaos de pesetas
que no les da para abono
ni para cambiar por nuevas
las gastadas vertederas?
El trigo a 9 pesetas.
La cebá a 10 cincuenta
mientras un kilo de abono
vale ya 12 pesetas.
Y luego poda las vides
y luego repón las cepas
que se helaron en invierno
o se murieron de viejas,
y paga vendimiadores
a 1.000 pesetas la espuerta
para que un kilo de uva
te valga cinco pesetas
y te vendan en la esquina
el vino a cuarenta pelas.

Y en los discursos políticos
nadie habla de la tierra,
que la industria da más cuartos
y no es tan baja y rastrera.

Y nadie, entre los urbanos,
sabe qué es la sementera
—o la simienza—
como si ellos no comieran
los sudores campesinos
caídos entre las piedras.

Y en los pueblos andaluces
y en los pueblos de la estepa,
en la huerta del levante
o en la Galicia desierta
los hombres son engaños
por un puñado de pesetas
mientras el intermediario
y hasta las pequeñas tiendas
se embolsan tanta ganancia
cuando no más. ¡Qué miseria!

¡Ah del labrador que deje
sus asuntos en el campo
en manos de niños progres
con manos de puta cara
y libros debajo el brazo!

Campesino, campesino,
fija tú desde ya mismo
los precios de las lentejas,
el precio de la naranja,
el precio que tú convengas.
Y si los niños pulidos
y las señoras horteras
protestan por los dineros
que se dejan en la tienda,
que se vengan a tu vera,
al pedregal, a la acequia
y sufran en propia carne
la poda y la sementera.

III

FINA HISTORIA

¡Ánimo, camaradas,
la historia nos contempla;
cantará con voz ronca
la fe de nuestra gesta!

Esto decía
con emoción
un hombre joven
desde un balcón

Un hombre viejo
le contestó:

¡Mi verdad es mi tierra
y mi poco dinero.
Dejémonos de historias;
y si viene esa moza
ya le daré razones
en media hora!

La historia nunca vino
que se quedó
jugando a las mentiras
con el señor.

La historia, desde siempre,
ha despreciado
las nalgadas ardientes
del proletario;
porque es tan fina, madre,
porque es tan fina,
que prefiere la mano
suave y cuidada
que cuenta las mentiras
que quiere el amo.

Los sabios se cabrean
cuando esto lean
po ro po po
que les han descubiert
sus planteamientos.
po ro po po

IV

EL ABUELO ARNELIO

Me contaba el abuelo,
 las tardes en que llovía,
 sentados en el brasero
 de la mesa de camilla,
 historias y más historias
 de las muchas que sabía
 y entre ellas se colaban
 ramalazos de su vida.
 Hablaba con voz menuda
 de los panes que cocía
 de las gavillas de leña
 de las raciones de harina.

Otros días, al caer la tarde,
 me enseñaba astronomía
 con cinco piedras y un bote
 o lo que a mano venía.

También hablaba del tiempo
 del daño que al campo hacía
 cuando nevaba a destiempo



Ilustración de Ginés Liébana

reflejando en su semblante
 los helados secadales
 o el morir de la sequía.

Una vez, una vez sólo
 en el espacio de vida
 que conmigo compartía
 salió a relucir la abuela.
 Con voz temblona y llorosa
 me relató su agonía
 y la parcela que entonces
 había quedado vacía.
 ¡Fue un inmenso instante solo!
 Poco después sonreía
 y pasamos a otro asunto como
 cualquier otro día.

Tras ocho meses de lucha
 se murió cuando dormía;
 el abuelo se me fue
 cuando más falta me hacía.

PROGRES

El niño progre
por navidá
toca la gaita
bebe coñá
dos guisquis secos
y mazapán.

Luego se reúne
pa conspirar,
corre el champaña
para pactar.

¡Cuántos dineros,
cuánto pastar,
y cuántos hombres,
hoy, sin cenar!

Pero los progres
¡qué majos son!
¡no ven la praxis
sin el turrón!



Ilustración de Ramón Gaya

Y se sonríen
del trabajador
que no comprende
al pasterador.

Los niños progres
¡qué majos son!
van a bailar
a la reunión...

Se acuestan tarde
lo pasan bien
son dialecticos
¡Es demasié!

El niño progre
trabajaré
y como obrero
él cobrará
10 horas largas
será el jornal
y el sueldo base
pa Navidá.

Y si no quiere
ya currelar,
la piedra espera
para picar.

Y cuando lleve
unos añicos
picando piedra
habrá perdido
la brillantina
de los domingos.

Los niños progres
se acojonaron
y con los bancos
confabularon
pa dar un golpe
tipo matón
pa seguir siendo
siempre un cabrón
que cobra y vive
como papá
de sacar pringue
al trabajador.

VI

DE LOS SUEÑOS

— Madre, ayer soñé...

— ¿Qué soñaste, hijo?

— Ayer soñé que pasaba...

— ¿Qué pasaba hijo?

— La guerra pasaba frente a mi ventana. Pasaba el soldado, perdido, herido en el pecho, frente a mi ventana.

— ¿Qué pasaba hijo?

— Un muerto pasaba. Pasaban girones heroicos de hombres con colores rotos frente a mi ventana.

— ¿Qué pasaba, hijo?

— El frío pasaba. De pronto pasó una mujer de pelo canoso y me dijo, madre...

— ¿Qué te dijo, hijo?

— Lloro si sabes llorar. Reza si sabes rezar. No tendrás mañana.

— No llores, mi niño. Frente a la ventana se extiende pletórica la luz del mañana.

— ¿Qué es mañana, madre?

— La sangre vertida.

— Ayer soñé, madre, pasar a la vida.

— ¿Frente a la ventana?

— No, madre. Ayer me fui lejos a vivir la vida. Y no había sangre vertida. Era, me dijeron, el día de mañana. Tú me has engañado.

(Solloza la madre la pena del hijo perdido.)

HOY NO SUEÑO NADA.

(La madre, llora, llora, llora. El día de mañana no vino vestido de sangre. El sueño engañaba). DESPERTÉ.

— Ayer soñé madre...

— (La madre levanta la vista y sonríe...) ¿Qué soñaste, hijo?

— Ayer soñé que soñaba. Una bocanada de sangre vertida pasó embravecida frente a mi ventana.